

Ígneo

Capítulo XI: La batalla

Podía sentirse el restallar de las espadas en el aire, que, empapado con el aroma de las cenizas, el sudor, y la sangre, se elevaba sobre los callejones ruidosos y las apocalípticas plazas para suplicar a los dioses, rogando por las vidas de los que allí se derramaban. Pero el sol y la luna se sucedían, mirando impasibles como justo al borde de sus rayos, donde la piedra y madre conseguían detenerlo, miles de vidas se derramaban sin que pareciera que aquello pudiera tener ningún fin.

Por un lado, estaban los esclavos, desarrapados, con armaduras apenas de esparto, con aquellas armas que habían conseguido encontrar, soldados de la causa por la libertad. Mientras que por el otro estaban los mercaderes, o más bien su oro, que, comandado con diligencia, se había reencarnado en mercenarios, cuya lealtad valía lo mismo que un buen vino.

Los unos atacaban a los otros, y cuando alguien caía, otro estaba allí para ocupar su puesto, siempre en aquel enfrentamiento que parecía una guerra de ideas llevada al elemento más figurativo.

Los esclavos ganaban en número y eso se notaba, su marea humana inundaba las calles, imparable imbatible, y los mercenarios, apenas podían contener aquella riada que les acuchillaba y regaba las piedras con su sangre. Los esclavos caían por decenas, pero su corazón estaba tan insuflado por la libertad y la venganza, que cuando veían caer a sus amigos y familiares, su ira aumentaba de tamaño, lista para engullir las pobres almas de los mercaderes.

Y así fueron avanzando hacia el Puerto, listos para hacerse con el control de Androl de una vez por todas. Ciertamente no eran muy rápidos, pero su avance era incuestionable y pronto el ánimo empezó a correr en las filas de los esclavos, mientras que los mercaderes comenzaban a ver su imperio del dinero decaer.

Gran parte de ese avance de los esclavos era debido a sus nuevos aliados: los alquimistas. Parece ser que tras muchas luchas internas por fin habían conseguido tener una postura consensuada y se habían aliado con los esclavos para terminar de conquistar la ciudad. Y su ayuda era lo que había inclinado la balanza en su favor.

Las explosiones de los fuegos de los alquimistas convertían a los mercenarios en cenizas al instante, inundaban el cielo de colores de los tonos más extraños: llamas púrpuras, azules y blancas luchaban por abalanzarse sobre los barrios, deseosas de cubrir de un manto de negrura todo con lo que se toparan. Pero los alquimistas las controlaban con sus propios deseos, sus pócimas las hacían crecer, o menguar a su voluntad, las hacían desaparecer y volvían de nuevo donde ellos lo ordenaban, como sus secuaces. Además, habían diseñado armas que arrojaban piedras del tamaño de casas, que arrasaban cualquier defensa de los mercaderes, destrozando a su paso torreones, cuarteles y murallas como si fueran titanes que simplemente soplaran sobre los tejados. Y las risas de los esclavos, viendo a sus enemigos arden en los fuegos de colores, aplastados por las rocas que caían del cielo o simplemente ensartados por sus lanzas, pronto se volvió el cántico predominante de aquel aciago día para la vida.

Uno de los focos principales de aquella batalla era la plaza del Mar, un enorme espacio donde los mercados habían traído las delicias traídas directamente de los barcos de todo el mundo. Un lugar donde podía comprarse prácticamente cualquier cosa a cualquier

momento del día, con personas llegas de cualquier rincón del Imperio, famoso por su antiguo mercado de esclavos. Aquel lugar era donde se estaba llevando a cabo la batalla más encarnizada de todas, ya que era el acceso principal al puerto y a todo el barrio.

Aem luchaba allí, con su espada en una mano y un garrote en la otra. Había estrenado una armadura nueva, regalo de Ender, completamente dorada y con intrigados dibujos en toda la coraza, representando a figuras que giraban y se confundían en un intrigado baile. Tal vez como el que se estaba llevando a cabo en la plaza del Mar en aquel mismo momento.

Por todos lados podían oírse los gritos de los moribundos desde ambos bandos, implorando a algún dios perdido que les otorgase el beneficio de la muerte. Los chirridos del metal contra el metal eran los únicos instrumentos que sonaban, únicamente acompañado por el de los huesos al crujir y la sangre al derramarse.

La vista solamente otorgaba un espectáculo confuso, todo lleno de movimiento, borroso, sin poder distinguir apenas a dos palmos y sin saber que si aquella figura que tenías justo enfrente se trataba de un aliado o un enemigo. Los reflejos de las espadas lanzaban lanzas de luz contra las pupilas, en un siniestro ataque contra todos los sentidos.

El olfato estaba completamente saturado, agotado en apenas unos instantes, sin poder dar información de nada, los aromas de la sangre y el sudor se mezclaban con el de los caballos y el humo, con el del polvo y de las tripas desperdigadas por el suelo, con el de la mierda y la orina sobre adoquines, sobre el vómito en los cadáveres.

El gusto era su aliado, aunque en la mayor parte de los casos estaba inundado por el sabor metálico de la sangre que se acaba de caer.

Y quedaba el tacto, que se convirtió en el más importante de todos, en el sentir de tus armas entre tus dedos, tu conexión con la realidad, tu única herramienta para la supervivencia. Tu verdadero aliado. Puedes sentir la aspereza sobre tus manos, la empuñadura que te convierte en un nuevo dios, decidiendo en apenas un instante un juicio sobre la vida y la muerte, y otorgando con tu báculo, el don del eterno sueño.

Aem sonrió como era habitual en él para volver a atacar al enemigo que tenía más cercano. Su adversario no era más que un pobre muchacho, probablemente un pobre muerto de hambre sacado de las callejuelas de los muelles, por apenas un pedazo de pan para luchar. Al esclavo poco le importó, no tardó ni apenas unos segundos en impactar con toda la fuerza de sus brazos su garrote en el pecho de aquel joven. Sintió y casi escuchó como los huesos crujían y la débil resistencia que estos opusieron a su paso, pero al instante se convirtió en una débil frontera mientras caían, hundiendo su cuerpo con ello. Aem sabía que le había dejado herido de muerte, probablemente con los pulmones destrozados, y lo más correcto sería rematarlo con la espada. Pero su sonrisa se ensanchó mientras buscaba un nuevo enemigo y su joven adversario quedaba en el suelo, tratando de coger un puñado de aire, aunque sus pulmones no parecían responder.

Su siguiente enemigo fue bastante distinto, en esta ocasión se trataba de un mercenario que parecía mucho más experimentado: le sacaba dos palmos de altura y parecía que entre sus brazos podría cargar con hasta una tonelada de peso. El mercenario miró a su enemigo, convencido de que aquel pequeño esclavo, ataviado con aquella armadura dorada no tardaría en gritar de dolor bajo su espada.

- Voy a arrancarte esta preciosa armadura que llevas – dijo con una potente carcajada.

Aem le sonrió como respuesta. Y rápidamente, sin que al mercenario le diera tiempo a moverse, le golpeó en el estómago con su maza. Pero el mercenario permaneció impasible.

- Vas a necesitar mucho más que eso.
- Me va a encantar matarte – dijo Aem ensanchando su sonrisa pérfida.

Y sin terminar la frase escupió a los ojos del coloso, que quedó cegado al instante. Comenzó a moverse lentamente, agitando su mandoble de un lado a otro sin ningún tipo de sentido. Apenas sintió como algo le golpeaba la rodilla y al instante, el estallido de dolor le hizo caer de bucles contra el suelo. En vano trató de recoger su arma, porque solo encontró un muñón lleno de sangre donde hacía solo un segundo había estado su mano. Miró con pánico hacia las alturas y allí se encontró con Aem, que sin perder por un segundo la sonrisa, le atravesó la cabeza con la espada.

Mucho más lejos de la plaza, alejado de la primera línea de batalla estaba Ender, coordinando directamente todos los movimientos de la batalla, dirigiendo tanto a esclavos como a alquimistas, sin descansar un solo instante, guiando y diciendo las mejores opciones. Junto a él estaban miembros del consejo privado de los esclavos: Ynu, que controlaba la información y rumores de los esclavos, Orten, el viejo esclavo que se encargaba de la vida pública, Gatiana, la mano derecha de este. Además, estaban junto a ellos Emrot, el recién nombrado Alquimista Supremo y artífice de la alianza entre los esclavos y el Distrito Arcano y un pequeño grupo de representación del Gremio, comandados por un consejero personal del Maestro del Gremio llamado Lluin.

Juntos se encargaban de recibir todo lo que estaba sucediendo al instante, Ender se sentía completamente llevado por el frenesí, listo para dar las órdenes necesarias y observaba con orgullo como el ejército esclavo avanzaba sin ningún tipo de freno gracias a la ayuda de los alquimistas.

- La ofensiva central, comandada por Aem es la que más está ganando, apenas pueden pararle los pies, ya están casi con el control de la plaza del Mar, con lo que tendremos acceso al corazón del Puerto rápidamente – explicó Ender a los reunidos. – La ofensiva central es el grueso del ejército por lo que este es un objetivo principal.

En la ofensiva norte, comandada por Numbia que conoce bien el puerto, las noticias no son tan halagüeñas, al parecer los mercaderes han construido fuertes alrededor del puerto, hacia el norte y el sur de la plaza del Mar, por lo que el avance es mucho más dificultoso. No sería problema para las maquinarias de los alquimistas derribarlos, pero han informado de que los barcos les están acosando fuertemente desde la costa por lo que se ven forzados a disminuir la velocidad del avance. Aun así, Numbia dice que podrán conquistar los fuertes en poco tiempo. Y, por último, la ofensiva este, llevada a cabo por El Gremio y esclavos, es la que mayor tranquilidad parece que está dando, avanzan casi sin luchas gracias a los fuegos y armas de los alquimistas, dicen que casi les abren camino para dejarles avanzar.

Además, tenemos la retaguardia protegida por El Gremio, por lo que la batalla parece claramente inclinada hacia nuestro favor.

Los presentes asistieron, satisfechos por el resultado que estaban viendo, parecía que pronto podrían hablar de que el Puerto se encontraba bajo su poder.

Mientras tanto, en otro lugar de la ciudad, la ofensiva este avanzaba prácticamente como en un paseo victorioso. A su paso los mercenarios salían despavoridos y rendían sus posiciones, pronto ni siquiera fue necesario utilizar los fuegos de los alquimistas, dado que el temor que parecía surgir de los habitantes del Puerto era suficiente para rendirlos ante los estandartes unidos de los esclavos, el Distrito Arcano y el Gremio. Parecía que por primera vez en la historia habían conseguido aliarse los pobres contra los ricos, que iban a cambiar las tornas de lo que estaba establecido, y por fin crear un nuevo mundo, como nunca antes se había logrado hacer.

Desde sus mansiones y en especial el Palacio Azul, donde el Consejo de Mercaderes se reunía, seguían con atención todas las noticias que les llegaban. Allí estaba Boreas, el mayor comerciante de toda Androl y el más rico, Faetonte, el viejo que se encargaba de llevar el Consejo, que parecía demasiado optimista del resultado de la batalla y no paraba de parlotear a pesar del incómodo silencio que imperaba en la sala.

Entre los presentes estaba Damrien, que miraba por las ventanas, desde donde se llevaba a ver perfectamente el avance de los esclavos, marcado por las potentes llamas que se elevaban al cielo. Estaban mucho más cerca de lo que le habría resultado.

Faetonte no paraba de pedir la calma y que pronto las tornas se cambiarían, pero los nervios corrían completamente desbocados por las mesas y los suelos alfombrados. La plaza del Mar era la puerta hacia el Puerto, y parecía que no podría aguantar mucho más tiempo. Boreas también parecía calmado, demasiado, a decir verdad, y miraba hacia la ventana con despreocupación, como si fuera un combate de gladiadores comprado del que ya sabía el resultado.

Y en el norte, la batalla era mucho más salvaje que en cualquier otro sitio: los mercaderes habían utilizado sus barcos y desde allí disparaban sus flechas y sus rudimentarias maquinarias contra la ofensiva norte, que parecía cada vez más exhausta. De nada les servían los inventos de los alquimistas, ya que la llegada de los barcos desde el mar les había sorprendido tanto que habían tenido que retirarlas hacia el Centro rápidamente. Ahora, comandados por Numbia, trataba a duras penas de hacerse con el control de alguno de los fuertes que custodiaban el puerto. Pero los esclavos eran optimistas, no iban a pararles unas piedras en su avance, no iban a conseguir aquellas flechas que llegaran hasta las aguas del Puerto. Iban a necesitar mucho más que eso.

Y así, si recibían una herida, solo servía para que se levantaran con más fuerza y que sus voces se elevaran en un único coro, deseosos de que la victoria les fuera otorgada.

Casi saboreando la victoria Ender sonrió, embriagado por el clima de felicidad que se respiraba entre sus compañeros. Pero está desapareció al instante cuando lo escuchó.

Un sonido estremecedor asoló la ciudad. El suelo tembló a su paso y parecía que trataba de derribar los muros con su fuerza. Los cuernos de guerra continuaron elevándose,

compitiendo contra el crepitar de las llamas y el restallar de las espadas. Por un momento todo el mundo se quedó inmobilizado, confuso, sin saber qué hacer, tratando de mirar hacia todos lados, buscando un origen de ese sonido. Pero parecía provenir de todos los lugares y de ninguno. Se respondían entre sí, aparecían nuevos, de cualquier dirección, hasta que el aire pareció restallar ante su sonido.

- ¿Qué es esto? – preguntó Ender. – Suena como los cuernos de guerra que usáis en el Gremio.

Cuando se giró se dio cuenta de que era demasiado tarde. Uno de los miembros del Gremio se abalanzó sobre él con una daga en la mano. Apenas tuvo tiempo de reaccionar y si no hubiese sido por sus sentidos entrenados en la arena probablemente habría muerto en aquel momento. Por fortuna, se movió lo suficientemente rápido como para esquivarlo y que apenas le hiciera una leve rozadura en el brazo derecho.

El gladiador se llevó la mano al cinto, pero antes de que pudiera siquiera tratar de sacar la espada de su vaina, su atacante volvió con energías renovadas. Ender se movió con rapidez, tratando de esquivar a duras penas las puñaladas mientras a su alrededor veía como se había convertido en una serie de figuras colapsando entre sí.

Miró fijamente al soldado del Gremio y antes de que este pudiera continuar con sus ataques, se lanzó directamente sobre él. Sintió una punzada en el hombro, probablemente por la daga atravesando su carne, pero no le importó, y cayeron afanosamente sobre el suelo. El asesino perdió la respiración durante unos segundos y en vano trató de recuperar el aire, ya que al gladiador le bastaron esos segundos para golpearlo con todas sus fuerzas una y otra vez en el estómago. Apenas pudo defenderse de los golpes mientras sentía como sus órganos internos iban siendo destrozados por los golpes certeros de líder de los esclavos. El gladiador le rodeó el cuello con sus manos y comenzó a estrangularlo, los brazos del atacante trataron de golpearle el rostro, pero solo consiguieron unos arañazos que únicamente aumentaron la furia que había embargado al gladiador. Apretó más fuerte hasta que sintió como la vida escapaba de aquel cuerpo, como la sangre poco a poco se detenía y los débiles retazos de vida que quedaban se escapaban en el último aliento. En poco tiempo entre sus dedos solamente estaba un cadáver.

Entonces volvió a la realidad, a aquel lugar donde todo parecía un caos y la imagen que se le presentó fue terrible: en el suelo yacía Orten, el entrañable viejo de los esclavos, en un charco de sangre, Ynu se apoyaba contra una pared, con la respiración forzada mientras se apretaba el abdomen por donde se le escapaba la vida. Únicamente Emrot, el líder de los alquimistas y Gatiana parecían mantenerse de pie en un estado más o menos íntegro. Le rodeaban dos soldados del Gremio y el consejero Lluin que portaba una espada.

Ender desenvainó la suya y aprovechando la confusión aún reinante en el lugar atravesó a uno de los esclavos. Al momento recibió los ataques del que quedaba y de Lluin, que, movidos por algún resorte, lo acorralaban por todas partes, lanzando estocadas que apenas conseguía esquivar con unos centímetros de distancia.

Gatiana acudió en su ayuda y manejando diestramente una lanza le ayudó a desembarazarse de uno de los soldados, que pronto cayó ante los ataques de los esclavos. Lluin, viéndose acorralado, miró hacia todos lados, tratando de buscar una salida, pero lo único que encontró fue la espada de Ender en su garganta.

- ¿Qué está sucediendo? – preguntó trabajosamente el esclavo.

Únicamente le respondió la risa del consejero del Gremio. Ender le golpeó con la empuñadura de la espada en la boca de forma salvaje.

- ¡He dicho que contestes!
- No os distéis cuenta – dijo Lluin con un hilo de voz que se iba apagando lentamente, parece que la soberbia de hacía unos segundos se había transformado en miedo. – De que el enemigo estaba en vuestras propias filas.
- ¿Desde cuándo? ¡¿Desde cuándo?! – gritó enfurecido Ender.
- Desde poco después de la revolución, los mercaderes establecieron contactos con nosotros para luchar contra vosotros. Nos pagan unas cantidades ingentes de dinero para ello.

Mientras hablamos todo ha sucedido de repente, ahora mismo, desde la retaguardia nuestras fuerzas atacan a los esclavos. En la ofensiva este probablemente ya hayan caído en una emboscada, y los mercenarios están saliendo de todas partes con energías renovadas. No podéis ganar. Nunca habéis podido.

Ender se dejó llevar por la furia y atravesó la cabeza del consejero antes de que pudiera pronunciar cualquier otra palabra. Gritó lleno de rabia mientras golpeaba una y otra vez el cadáver hasta dejarlo como una masa sanguinolenta.

Salió hacia el exterior de la tienda del consejo. A su alrededor los soldados del grueso del ejército sentían que algo no marcaba bien. Los gritos de la retaguardia comenzaron a extenderse por entre todas las tropas.

Estaban rodeados.